

Un viaje incompleto

"...siento que ha llegado el momento."

Nunca pude evitar la tentación de empezar una lectura por la última frase, y en aquella ocasión no iba a ser de otra forma. Así soy, así somos; un amasijo de manías e inquietudes que se inflaman ante la posibilidad de anticipar, al menos, parte de las luces y las sombras que nos reserva el camino.

Encontré aquel singular tesoro una tarde volviendo a casa por el puente de San Pablo. El viejo puente. Nunca me gustó cruzarlo pero sentí que el día me invitaba a arriesgar y, como si de un gran reto se tratara, me dispuse a afrontar mi miedo a las alturas de una vez por todas y atravesarlo con paso firme. Quién sabe si fue el destino el que recompensó mi pequeña gran proeza con el hallazgo de las reflexiones de alguien que, tal vez, como yo, desafió a sus miedos y decidió compartir algunas de sus conclusiones en aquel pequeño trozo de papel arrugado: un escueto ensayo sobre el viaje de un desconocido.

De lo que allí había escrito poco puedo recordar, el tiempo no pasa en balde y los recuerdos se desvanecen en mi mente igual que se disipa la niebla matutina con el devenir del día. Lo que sí sé es que aquellas palabras zarandearon mi realidad y me despojaron de las pocas certezas a las que, hasta entonces, me había aferrado, dejando mi alma desnuda y mis ojos preparados para ver el mundo desde una nueva perspectiva.

No lloré, no reí, no me asombró ni me decepcionó. Las ideas se agolpaban en mi cabeza pidiendo a gritos mi atención pero sin dejar tiempo para asimilar ninguna de ellas. Tal fue así que tardé varios días en empezar a entender qué era lo que me estaban intentando decir aquellas palabras dulces y amargas, sencillas e inmensamente complejas, esperanzadoras y desconsoladoras. Para cuando comprendí ya me había metido de lleno en aquella historia. Todas las personas que él habría conocido, todas sus vivencias, aún sin nombrarlas, habían pasado a formar parte de mí y yo de ellas.

Hasta aquel momento siempre me había considerado una persona sencilla y accesible. Tuve amigos y mis amigos me tuvieron, aprendí y enseñé, amé y fui amado, odié y fui odiado. Lo que nunca me había parado a pensar era mi papel en todo aquello. Nunca me gustó la política ni la filosofía, nunca formé parte activa ni constructiva de nada, nunca me planteé problemas ni soluciones que escaparan de mis manos. Pero a partir de aquel momento todo se fue complicando y me empecé a hacer preguntas sin respuesta aparente, cuestioné cosas que había aprendido y enseñado, me replanteé algunas relaciones... pero lo que ocupaba mi mente día y noche, esas largas noches, era la idea del sentido último de que yo estuviera allí, de que todos estuvieran ahí. ¿Cuál era mi meta? ¿Cuál era nuestra meta?

Así fue como llegué a entender que hacía ya mucho tiempo que recorría, sin saberlo, un camino en el que ahora pasaba de espectador a protagonista; un recorrido del que ahora puedo asegurar con orgullo que, hasta el momento, he compartido con las personas que han decidido caminarlo conmigo y yo con ellas, tal y como yo he decidido compartirlo ahora contigo.

Ahora puedo decir sin temor a equivocarme que este viaje está aún incompleto; cada gesto, cada palabra, cada decisión que tome formará parte del recuerdo y del legado que hacen real y tremendamente valiosa mi vida y la de todas las personas que pasaron, pasan y pasarán por esta rabiosa fortuna que llamamos existencia.

Espero que comprendas que era mi deseo compartir este viaje contigo, un trayecto errático con destino incierto del que, desde ahora, decido formar parte activa y en el que me comprometo a disfrutar y asumir su sencilla belleza y sus complejas miserias.

Siento que un nuevo viaje acaba de comenzar, siento que ha llegado el momento.